



LAS PRIMICIAS DE CAÍN. OFRENDAS DE CEREALES EN EL NEOLÍTICO MERIDIONAL IBÉRICO¹

The first fruits of Cain. Offerings of cereals in Neolithic southern Spain

En realidad, todas las cocinas han tenido un origen religioso, y el más modesto matarife de los que, aquí o en Chicago, y directa o indirectamente, abaten reses para nuestro consumo, desciende en línea recta de aquellos grandes sacerdotes que se las sacrificaban a la divinidad

JULIO CAMBA, *La casa de Lúculo...*, pág. 41

Beatriz Gavilán Ceballos² y José Luis Escacena Carrasco³

Recibido el 13 de julio de 2009. Aceptado el 24 de julio de 2009.

Resumen. *El presente trabajo propone una interpretación religiosa de los depósitos de recursos vegetales existentes en algunos yacimientos andaluces en cueva neolíticos. La carbonización intencionada de los citados recursos, la existencia de hogares y capas de carbón en sus contextos estratigráficos y la presencia de arte rupestre en sus inmediaciones permiten pensar en ofrendas rituales más que en un simple almacenamiento de recursos alimenticios.*

Palabras clave: Neolítico, cereales, carbonización, hogares, arte rupestre, ritual.

Abstract. *This paper proposes a religious interpretation about the deposits of charred vegetable resources found in Neolithic caves of Andalusia. The intentional burning activities of these deposits together with the existence of fireplaces and carbon layers and the presence of rock art in the vicinity suggest that these remains formed part of a ritual ceremony instead of stored food deposits.*

Key words: Neolithic, cereals, burning, fireplaces, rock art, ritual.

PERFILES DEL PROBLEMA

El sur de la Península Ibérica cuenta con varios yacimientos neolíticos en cueva, adscritos al Horizonte tipo Zuheros, que han proporcionado cereales junto con algunas leguminosas y frutos carbonizados. Esta facies, iniciadora de la agricultura en el mediodía hispano, comienza en el Neolítico Antiguo y dura hasta el Final, si bien no corresponde en

su momento más viejo al mundo cardial (Gavilán 1997) ni es la misma en su última etapa a la representada por el Neolítico Atlántico Tardío (Escacena y otros 1996: 243-265; Gavilán y otros e.p.). Tales restos carpológicos aparecen por lo general dispersos, pero en áreas muy próximas a hogares o sobre éstos. Por lo demás, casi nunca se encuentran en estructuras subterráneas de almacenamiento o en recipientes cerámicos destinados a tal fin.

(¹) Artículo elaborado en el marco de los proyectos HAR2008-01119 y HUM2007-63419/HIST.

(²) Área de Prehistoria, Departamento de Historia I. Facultad de Humanidades, Universidad de Huelva. Avda. Tres de Marzo, S/N. Huelva. beatriz.gavilan@dhis1.uhu.es.

(³) Departamento de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. C/ Doña María de Padilla s.n., 41004, Sevilla. Grupo HUM-402 del III Plan Andaluz de Investigación. escacena@us.es.

Para nuestro propósito, no resultan de utilidad en esta ocasión los restos esparcidos ni los procedentes de hogares cuando se trata de un escaso número de semillas, ya que la carbonización pudo ser accidental o estar en relación directa con el secado de los granos; por el contrario, centraremos el interés en los escasos yacimientos correspondientes al Neolítico Antiguo y Final, principalmente en cueva, que han proporcionado verdaderos depósitos o acumulaciones relativamente abundantes. Estos acopios, en los que los cereales aparecen extremadamente tostados o carbonizados, revelan una práctica que parece eliminar toda posibilidad de destinarlos a consumo humano directo. Aun así, se han interpretado y se interpretan todavía como prueba evidente de almacenamiento para hacer frente a las necesidades alimentarias, de siembra y/o de relaciones de intercambio.

No atenderemos tampoco con exhaustividad a los tipos de cereales, de leguminosas o de otros frutos que integran tales depósitos al ser esto irrelevante para nuestra reflexión, centrándonos por el contrario en las circunstancias del registro y en su tratamiento: torrefacción, o tostado, y carbonización. Por lo demás, excluirémos de la relación de sitios la Cueva de Bajoncillo (Málaga), porque, si bien cuenta con datos interesantes, no se especifican al darlos a conocer las características básicas del hallazgo, es decir, si los granos se encontraban o no depositados en alguna estructura o contenedor, o bien si se trataba de restos dispersos. Tampoco se da cuenta del volumen aproximado, indicándose sólo que eran numerosos, hasta 100 granos (cf. López 1980). Por último, repararemos en la presencia, en el interior de las cavidades que han proporcionado este tipo de registros, de otras manifestaciones arqueológicas, tales como las artísticas y las cerámicas simbólicas, que posibilitan la consideración de estos yacimientos en cueva como lugares de culto o santuarios, sin que tal característica excluya su uso como lugar de habitación. Desde esta nueva perspectiva, esos enclaves contribuirían sin duda a la cohesión social de los grupos neolíticos comarcales y/o regionales, de manera que funcionaron en parte como centros territoriales aglutinadores de la población al modo como lo propuso Durkheim (1992).

En cuanto a la descripción de las cavidades objeto del presente trabajo, y teniendo en cuenta la complejidad de dos de ellas, nos limitaremos aquí sólo a las zonas de mayor interés, a saber, las salas donde se han practicado las excavaciones que han suministrado las mencionadas acumulaciones vegetales y que cuentan con manifestaciones artísticas en sus paredes.

2. LOS DEPÓSITOS Y SUS CONTEXTOS

Presentamos a continuación, en una valoración crítica de los distintos ambientes cronoculturales, las características de los datos, que proceden de tres yacimientos hispanos me-

ridionales ubicados en entornos relativamente dispares. En la Subbética cordobesa la Cueva de los Mármoles (Priego) y la de Murciélagos de Zuheros, y en la costa mediterránea malagueña la Cueva de Nerja.

La Cueva de Nerja (Málaga) es de sobra conocida. Aun así, es importante recordar que se trata de una cavidad de amplio desarrollo y con una ocupación prehistórica que abarca desde el Paleolítico Superior inicial al Calcolítico, sobresaliendo la presencia de cerámicas simbólicas en niveles neolíticos; cuenta, además con manifestaciones artísticas postpaleolíticas.

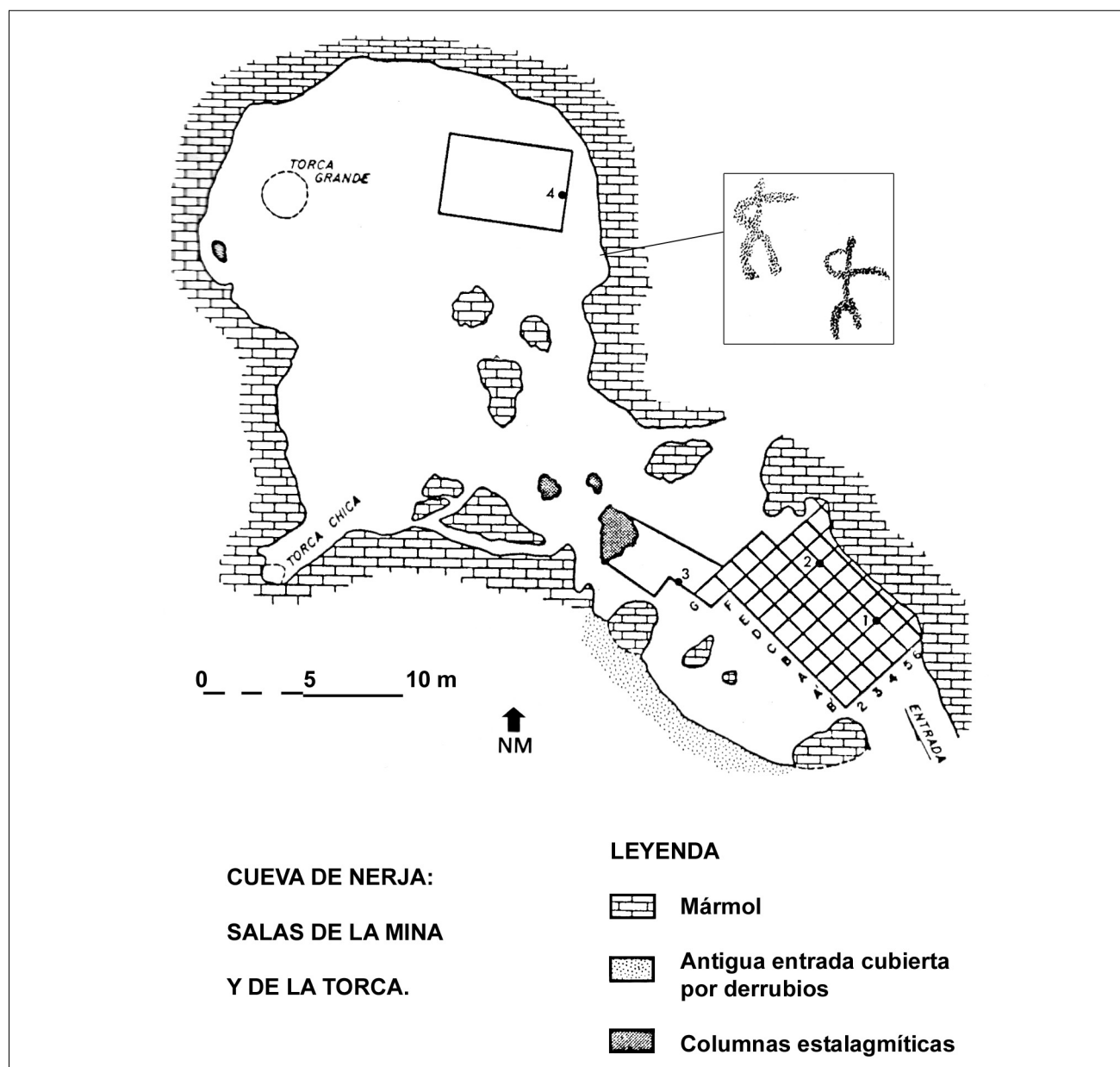
Como hemos indicado, no es nuestro objetivo ofrecer una exhaustiva descripción de la caverna, pero señalaremos que resulta de crucial importancia el hecho de que, si bien el acceso actual al interior se efectúa a través de una entrada artificial abierta en el sector denominado Sala del Vestíbulo, los dos vanos originales –en forma de torca– desembocan directamente en la Sala de la Torca (fig. 1). Este otro espacio cuenta con luz natural, y desde él se accede a la Sala de la Mina. Estos tres ámbitos, los más interesantes para nuestro estudio, cuentan con amplias estratigrafías.

Las excavaciones de 1960 localizaron en la Sala del Vestíbulo un silo que contenía cebada desnuda, trigo desnudo y huesos de aceituna de acebuche, además de un cotiledón de bellota. Las fechas de C-14 sitúan este depósito a fines del IV milenio, con una datación concreta de 3115 ± 140 a.C. (Pellicer 1963; Hopf y Pellicer 1970; López 1980; Pellicer y Acosta 1997).

Los trabajos llevados a cabo en la Sala de la Torca y de la Mina han proporcionado interesantes evidencias en relación con el tema que nos ocupa. En la primera de estas salas se hallaron en 1982 varias estructuras siliformes en los niveles 9-10 y 11, pertenecientes al Neolítico Antiguo (fig. 2, A). Consistían en fosas, de aproximadamente 1 m de boca, situadas en el ángulo sureste del corte y que contenían idénticos elementos vegetales: huesos de aceitunas de acebuche y piñones. En el nivel 9-10, y a unos 3 m de distancia de estos hallazgos, se documentaron un hogar y restos humanos. En el 11 se había encendido otro hogar en el mismo sector (Pellicer y Acosta 1997).

En la correspondiente publicación no se reflejan las dimensiones ni la potencia de estas estructuras de combustión. Sin embargo, los autores indican que la Sala de la Torca se usó durante el Neolítico Antiguo como zona de hábitat, lo que deducen de la presencia de hogares, pero también como necrópolis, ya que se constataron restos humanos en varios niveles. Afirman además que la función como lugar de almacenamiento de alimentos vegetales se mantuvo durante el Neolítico Reciente.

Las manifestaciones artísticas postpaleolíticas de la Cueva de Nerja incluyen tanto motivos grabados como pintados. Destacan entre los segundos unos en rojo y otros, más esquemáticos, en negro. Los elementos de color rojo ofrecen

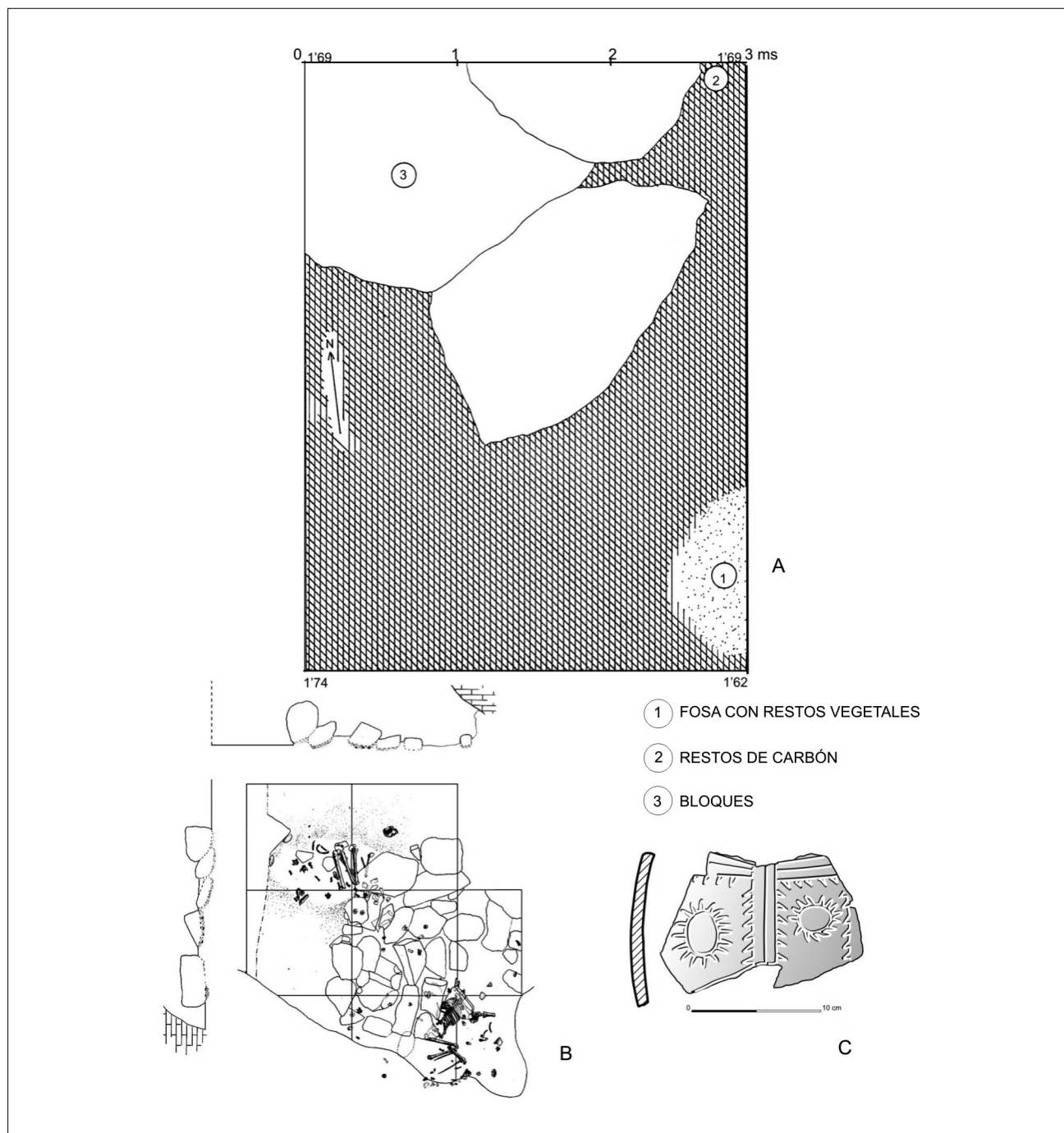


▲ FIGURA 1. Cueva de Nerja (Málaga). Topografía de las salas de la Mina y de la Torca (a partir de Pellicer y Acosta, en Jordá Pardo, 1986). Situación de los antropomorfos.

una semejanza total con los que se encuentran en abrigos rocosos y cuevas de escaso desarrollo con buena iluminación natural. En Nerja, tales manifestaciones en rojo se localizan en la Sala de la Torca, precisamente en la pared a cuyo pie se efectuaron las excavaciones. Se trata de dos antropomorfos de semejantes características: asexuados, con las piernas arqueadas y con uno de los brazos igualmente arqueados, aunque en dirección opuesta (fig. 1). En ambas figuras se emplea el color rojo. Se conservan más vestigios de colorante próximos a uno de estos antropomorfos, siendo el tema representado de difícil identificación al estar el pigmento muy desvaído (Sanchidrián 1994). Es importante tener en cuenta que se plasmaron en una zona próxima a la antigua entrada

de la cueva, a la que llegaba la luz natural a través de las aberturas existentes en la bóveda (fig. 1). Insistimos en que el panel se encuentra encima de las cuadrículas excavadas en esta sala, con una estratigrafía en este sector que cuenta con niveles de Neolítico Antiguo, Medio, Reciente, además de estratos correspondientes a la transición Neolítico-Calcolítico y al Calcolítico Antiguo y Reciente.

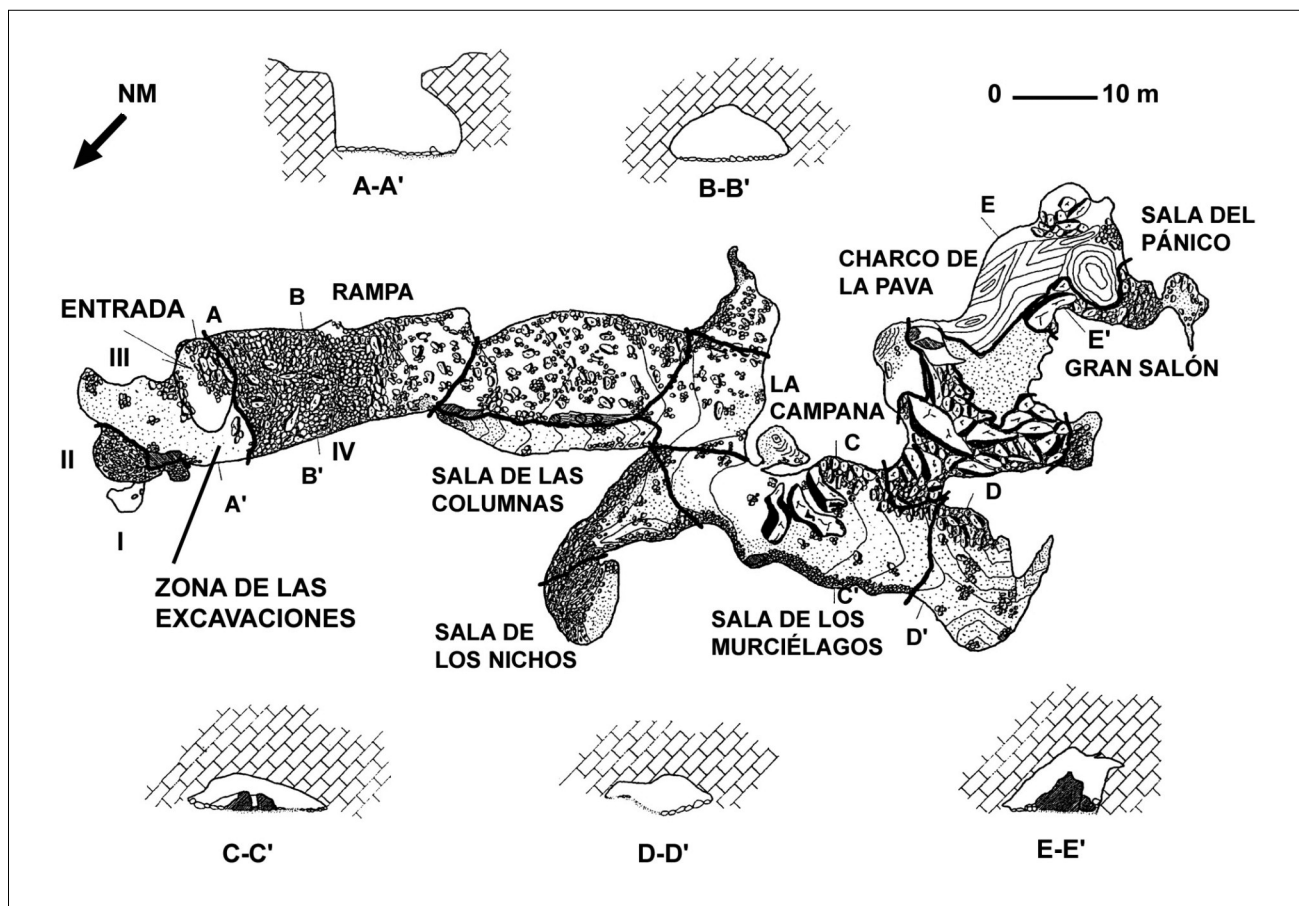
Pues bien, el nivel transicional entre el Neolítico y la Edad del Cobre proporcionó varios fragmentos de cerámica con una decoración a base de acanaladuras que desarrollan motivos zoomorfos, además de un cuenco en cuya base se plasmó un esteliforme (Pellicer 1990: 275). En cuanto a la presencia de otros elementos cerámicos de carácter sobre-



▲ FIGURA 2. Cueva de Nerja. A) Nivel 9: 1: estructura siliforme con cereales y piñones; 2: restos de carbón; 3: bloques de caliza. B) Enterramiento (según Jordá Cerdá 1985). C) Cerámica simbólica..

saliente, debemos citar aquí un fragmento procedente de las excavaciones realizadas en la Sala de la Mina, localizado en un nivel adjudicado al Neolítico Medio, que muestra una decoración simbólica consistente en una faz definida por dos esteliformes –los ojos– enmarcados por trazos horizontales –las cejas– e interrumpidos por otros verticales –la nariz– (fig. 2, C). El esquema es muy similar a los documentados en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros y en otras cavidades andaluzas (Gavilán y Vera 1993).

Por su parte, en la Sala de la Mina, durante la misma campaña de 1982, en un nivel correspondiente a Neolítico Final, se detectó un enterramiento doble arropado por una estructura tumular –de 2 m por 1,35 m– formada por bloques calizos. Esta acumulación de piedras apoyaba directamente en las extremidades inferiores del individuo masculino y en el tórax del femenino. Ambos cadáveres fueron enterrados directamente sobre el suelo, sin que se excavara previamente una fosa (Jordá Cerdá 1985). M. Pellicer y P. Acosta cuestio-



▲ FIGURA 3. Topografía de la Cueva de los Mármoles, Priego de Córdoba (a partir de Carmona y otros, 1999).

naron esta estructura en un trabajo posterior, y señalaron al respecto el carácter hipotético de la misma al indicar que los esqueletos yacían en la "periferia de un supuesto túmulo de bloques medianos" (Pellicer y Acosta, 1997: 156).

Independientemente de que este recubrimiento de piedras fuese o no intencional, los dos individuos estaban acompañados de un ajuar consistente en cerámica incisa, adornos –*Columbella* y *Conus*–, punzones de hueso y hojas de sílex, así como restos de moluscos y de mamíferos. En el centro de la estructura se depositaron un fragmento de brazalete, hojas de sílex, trozos de cerámica y restos de moluscos y de mamíferos, entre éstos un omóplato de bóvido doméstico. Para nuestro tema, lo más destacable es, sin duda, que ambos cadáveres estaban rodeados por un cerco de piñones, bellotas y cereales carbonizados (fig. 2, B) (Jordá Cerdá 1985).

En este caso, el excavador interpreta la deposición de los vegetales como una ofrenda hecha a los personajes enterrados. El hecho de que los demás restos, tanto faunísticos como materiales, no presenten evidencias de cremación, unido a la ausencia de carbones y/o cenizas en el suelo sobre el que descansaban los cadáveres, indica que la carboniza-

ción de los cereales, piñones y bellotas tuvo lugar en otro sitio, depositándose, a modo de ofrenda, ya quemados.

La Cueva de los Mármoles (Priego de Córdoba) presenta una gran entrada de tendencia circular en forma de foso que desemboca en una amplia galería, descendente al comienzo –Rampa– y horizontal al fondo –Sala de los Murciélagos–. Desde esta última se abre a la izquierda una amplia estancia, conocida como el Gran Salón, con un gran caos de bloques. Algunas salas laterales secundarias –Sala de los Nichos, de las Columnas y del Pánico– se abren en estos espacios principales (Carmona y otros 1999). No se trata, estrictamente, de una cavidad de gran desarrollo.

Los datos más interesantes para nuestra valoración proceden de la zona IV, que incluye parte de la Rampa o "Vestíbulo", con abundante luz solar y donde se realizaron las campañas de excavación de 1982-84, 1986 y 1987⁴. Para las intervenciones se eligió una zona protegida por parte del techo de la cueva y cercana a la pared norte de la cavidad, que forma aquí una especie de escalón natural (fig. 3).

A grandes rasgos, la estratigrafía obtenida en este sector la integraban varios niveles neolíticos que han propor-

⁽⁴⁾ Uno de los firmantes (BGC) asistió a dichas campañas de excavación, siendo codirectora con M. D. Asquerino de la practicada en 1985.

cionaron interesantes evidencias correspondientes a acondicionamientos y a un posible depósito de cereal.

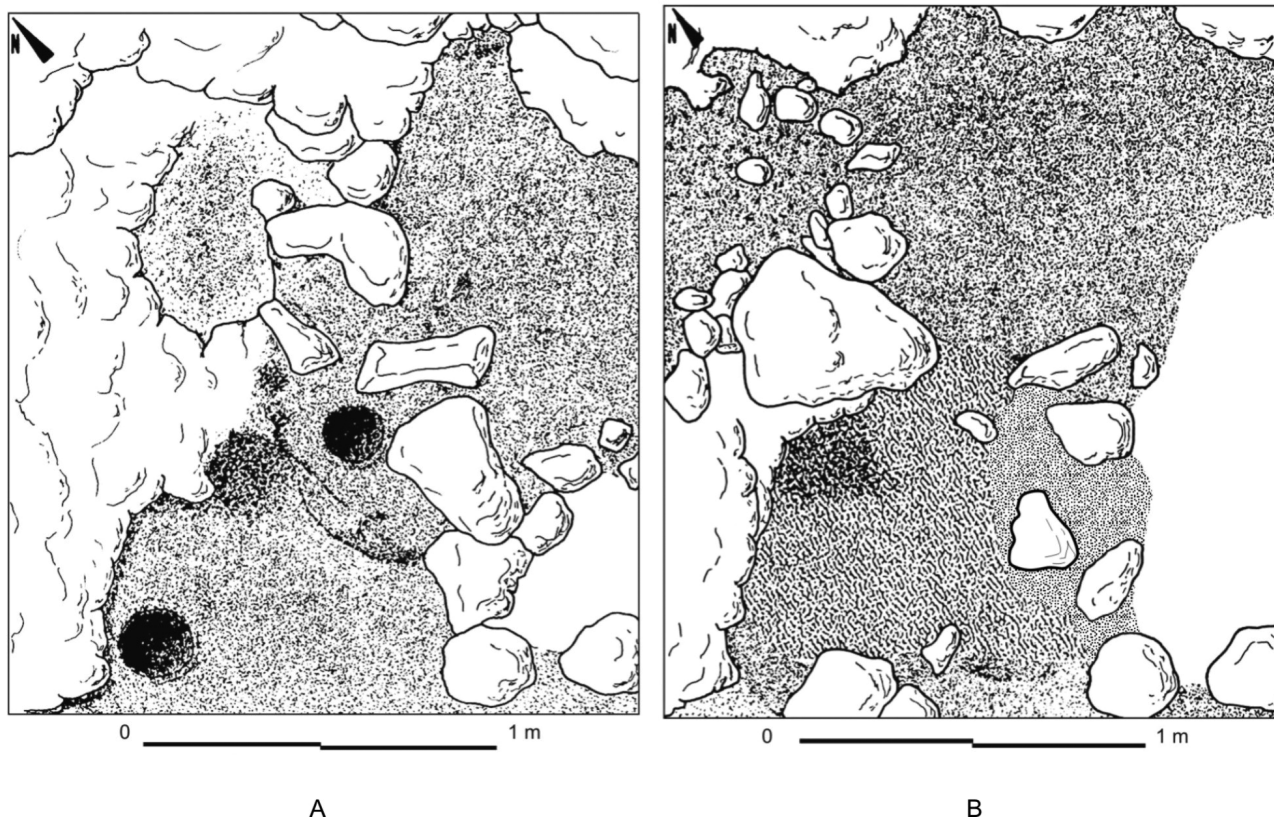
De muro a techo, el primer nivel lo formaba un sedimento de textura granulosa y color marrón claro, formado como consecuencia de la descomposición de la roca madre. El sector sureste de esta cuadrícula había sido objeto previamente de unas rebuscas clandestinas que alteraron la estratificación en toda su potencia. Sin embargo, en la zona suroeste, intacta, de superficie homogénea y horizontal y limitada en dirección este-oeste por la propia roca madre, se detectó un agujero para poste muy próximo a la pared caliza de la cueva, que formaba aquí un escalonamiento. Había también aquí un ligero hundimiento de forma semicircular, en la parte central del nivel, que estaba delimitado al sur por una serie de piedras que daban cuerpo a una especie de fosa de tendencia elíptica rellena de sedimento, donde se practicó un segundo agujero para poste (fig. 4, A). Tales estructuras contenían diversos materiales arqueológicos, entre los que sobresale un trozo de espátula, fragmentos de cerámica y guijarros. Entre estos últimos elementos se halló uno facetado y otro impregnado de ocre rojo. Todos estos elementos estaban sellados por la capa de arcilla del nivel superpuesto.

En el escalón recién citado, y en contacto con la roca madre, apareció una pequeña concavidad recubierta de arcilla que contenía, mezclado con el sedimento, cereal que M.D. Asquerino (1986) definió como "torrefactado" (fig. 4,

A), localizándose una pequeña cantidad de éste en el referido escalonamiento.

El sedimento del nivel superpuesto era semejante al anterior, pero una capa de arcilla del Trías cubría la zona donde se encontraban los agujeros para poste y el rehundimiento que formaba la especie de fosa, alcanzando, incluso, parte de la roca madre. Las arcillas, que Asquerino interpreta como pavimento, proporcionaban una mayor horizontalidad al nivel. En el ángulo oriental de la excavación se localizaron algunas piedras superpuestas entre las que aparecía dolomita triturada. La coloración de las arcillas empleadas como "pavimento" era marrón-rojiza en la zona central, aclarándose hasta llegar a verdosa a medida que se extendía hacia el noroeste y la pared rocosa. Esta diferencia de tonos obedece a una combustión practicada encima, de manera que el suelo se había rubefactado aunque no llegara a cocerse (fig. 4, B). Es posible que las actividades de saqueo del yacimiento destruyeran las huellas directas del hogar, ya que las remociones estratigráficas afectaron a parte de esta zona de la cuadrícula. En cualquier caso, insistimos en que la distinta coloración de las arcillas revela, a todas luces, la acción del fuego, que por tanto pudo llevarse a cabo *in situ*.

Una acumulación de cereales carbonizados, notablemente mayor que la del nivel anterior, se localizó en el sector noroeste de la intervención, en la misma vertical que la



▲ FIGURA 4. Cueva de los Mármoles, Priego de Córdoba. Localización de los restos de cereal carbonizado (según Asquerino, 1986).

concentración anterior pero ahora en contacto con la roca madre (fig. 4, B).

Aunque no fue posible, por tanto, registrar la existencia de una estructura de combustión sobre las arcillas según hemos señalado, en el ángulo norte de la cuadrícula, y fuera ya de la zona por donde éstas se extendían, se encontró un conjunto de piedras en semicírculo cuyo interior contenía exiguos restos carbonosos y una capa cenicienta de cierto espesor; las dimensiones del espacio interior estaban comprendidas entre los 40 y los 30 cm.

La correspondencia absoluta entre los sedimentos de ambos niveles descritos hace suponer que el periodo de tiempo transcurrido entre ambos fue corto. Sin embargo, la abundancia de material arqueológico es significativamente menor en el primero que en el segundo, circunstancia que Asquerino atribuyó a una limpieza del inferior antes de que se colocara la capa de arcilla. Al referirse a los artefactos de esta última, la autora señala que, excepto las cuentas de collar –se detectaron siete elementos de adorno en este nivel–, que se encontraban incrustadas en las arcillas rubefactadas, el material aparecía en toda la superficie excavada, que superaba ampliamente la extensión de la capa de arcilla, pobre en restos arqueológicos.

Asquerino propuso fechar el nivel de la capa de arcilla y sus materiales en el Neolítico Medio, pero no se pronunció respecto de la capa anterior. En cualquier caso, teniendo en cuenta lo antes comentado, y sobre todo la correspondencia absoluta entre los sedimentos, quizá estemos ante una misma ocupación objeto de un acondicionamiento. Dicho arreglo, que conllevaría la anulación de los agujeros para poste, estaría en relación directa con un depósito de cereal carbonizado cuya combustión bien pudo efectuarse allí mismo a juzgar por la diferente coloración de las arcillas. Así, aprovechando el escalonamiento natural de la pared rocosa de la cueva, se habría aplicado una capa de arcilla que da cuerpo a una estructura de tendencia posiblemente elíptica –cortada por la actuación clandestina– destinada a acoger las semillas.

La Cueva de los Mármoles no cuenta con manifestaciones artísticas, pero sí con zonas destinadas a enterramiento. De hecho, en el Gran Salón se extrajeron sin control científico los restos humanos correspondientes a varios individuos, ubicados en un sector algo distante del lugar donde se practicaron los trabajos arqueológicos que proporcionaron los cereales carbonizados. En cuanto a material cerámico relevante, este yacimiento sólo ha proporcionado un fragmento de vasija con un esteliforme, elemento localizado en niveles correspondientes al Neolítico Medio.

En la Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba), los datos que ahora interesan proceden de la Sala de los Estratos, situada a unos 20 m de la entrada de la Cueva Chica. El acceso a esta zona se realizaba por una gatera situada justo enfrente de la boca de la cavidad, donde, tras salvar un

desnivel de unos 3 m, hay una comunicación con un estrecho pasillo con sedimento arqueológico que desemboca en la citada sala (fig. 5). Este espacio concreto de la caverna carece de luz natural, y cuenta con un alto grado de humedad. Se trata de uno de los sectores con temperatura más baja. Todo ello incrementa la impresión de encontrarnos en un ambiente verdaderamente subterráneo.

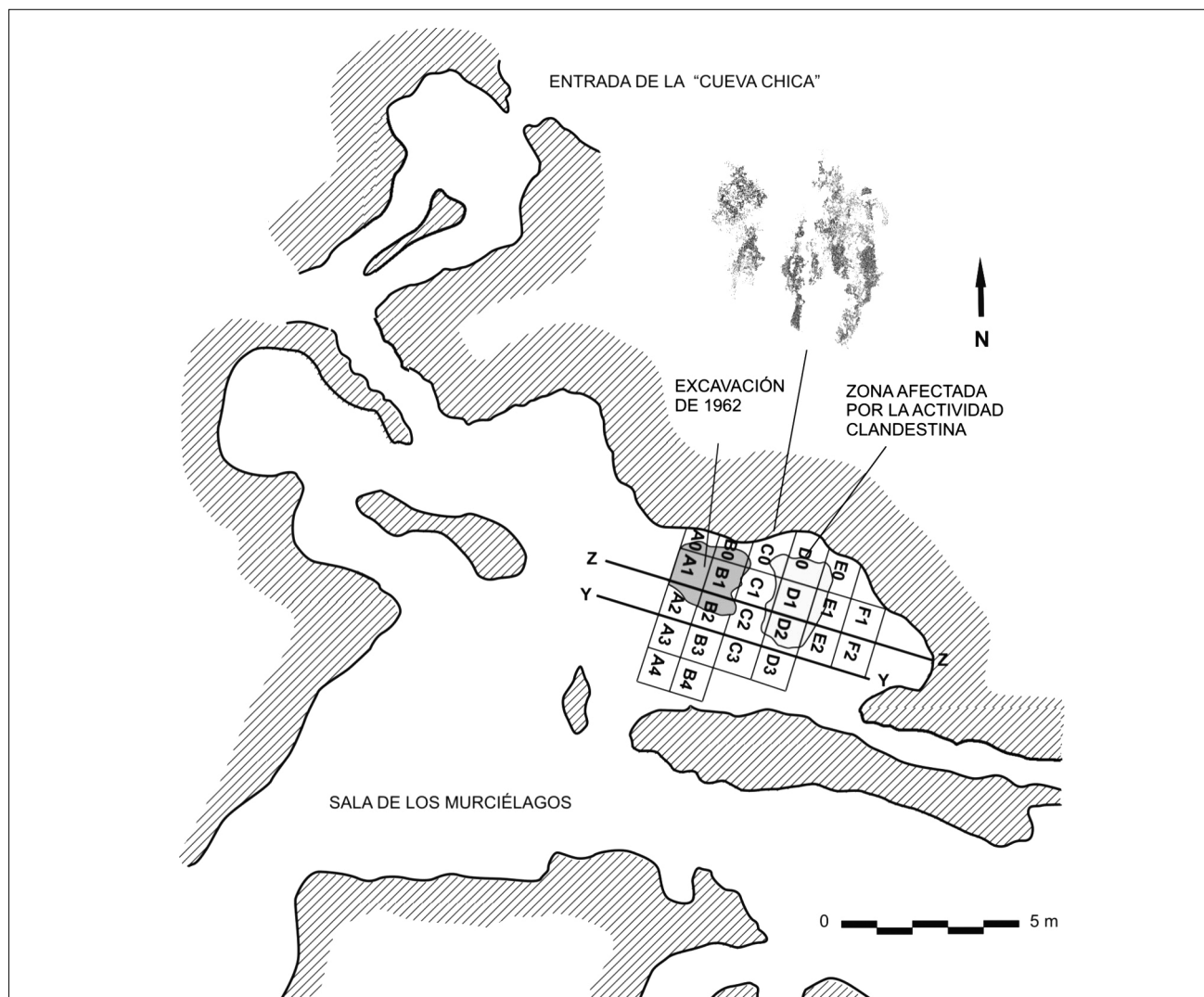
Las excavaciones realizadas en 1962 y 1969 en esta sala (De la Quadra y Vicent 1964; Vicent y Muñoz 1973) pusieron de manifiesto la existencia de una estructura cuyo interior contenía una cantidad importante de granos carbonizados de trigo y de cebada. En uno de los niveles arqueológicos aparecieron además otros restos dispersos de los mismos cereales y de otras semillas.

La estratigrafía de esta zona de la cueva comprende seis niveles, interponiéndose entre el I y el III y entre éste y el IV sendas capas estalagmíticas que, en el caso de la segunda, sellaba parte del IV al extenderse sólo por un sector de la superficie excavada, la zona norte, junto a la pared de la sala. En la publicación de 1973 se elimina la segunda capa estalagmítica como nivel, quedando la estratigrafía de techo a muro de la siguiente manera:

- Nivel I: Se trata del estrato superficial, localizado en el sector norte.
- Nivel II: Corresponde a una capa estalagmítica.
- Nivel III: Lo compone una tierra negra que se extiende por toda la zona. Presenta una capa estalagmítica localizada en la zona norte, separando en este sector este nivel del IV.
- Nivel IV: Esta formado por tierra marrón, que se localiza en la mitad norte del área excavada. La presencia aquí de cerámica romana –*terra sigillata*– podría estar revelando la escasa fiabilidad de la estratigrafía. Sin embargo, es posible achacar dicho fragmento a una probable contaminación con los niveles superpuestos más que a una cronología histórica para dicho estrato. De hecho, entre 1962 y 1969 esta sufrió rebuscas clandestinas.
- Nivel V: piedras sueltas de tamaño pequeño.

Como la Cueva de Nerja, la Cueva de Zuheros proporcionó también un enterramiento, localizado durante el desarrollo de nuestros trabajos en la Sala de los Murciélagos. Incompleto, se encontraba depositado en una grieta de la pared sur de este ámbito. No estaba asociado a ningún tipo de ajuar y se encontraba alterado, careciendo por tanto de contexto claro.

Para aclarar la posición estratigráfica del depósito de cereal de esta cavidad es necesario llevar a cabo una pormenorizada autopsia de la memoria de excavación donde se contienen los datos. Se trata en este caso de contextualizar con la mayor cierta precisión posible el grano carbonizado y



▲ FIGURA 5. Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba). Topografía de la Cueva Chica y situación de los antropomorfos.

otros restos y evidencias no menos interesantes. Para lograr ese objetivo se necesita también la ayuda de las escasas ilustraciones que acompañan al texto.

En la descripción que las excavadoras hacen del Nivel III se indica que en "C0" tiene unos 27-30 cm de potencia, "y debajo sale ya el estrato de tierra marrón, igual que el que va por encima del trigo carbonizado, como si éste estuviera en una especie de *fosa o silo relleno* que contenía el trigo en su fondo" (Vicent y Muñoz 1973: 37; la negrita es nuestra). Se desprende, por tanto, que el cereal carbonizado se encontraba en una estructura que se rellena con el sedimento del nivel IV. Infrapuesta al nivel III en C0 se encontraba la segunda costra estalagmítica.

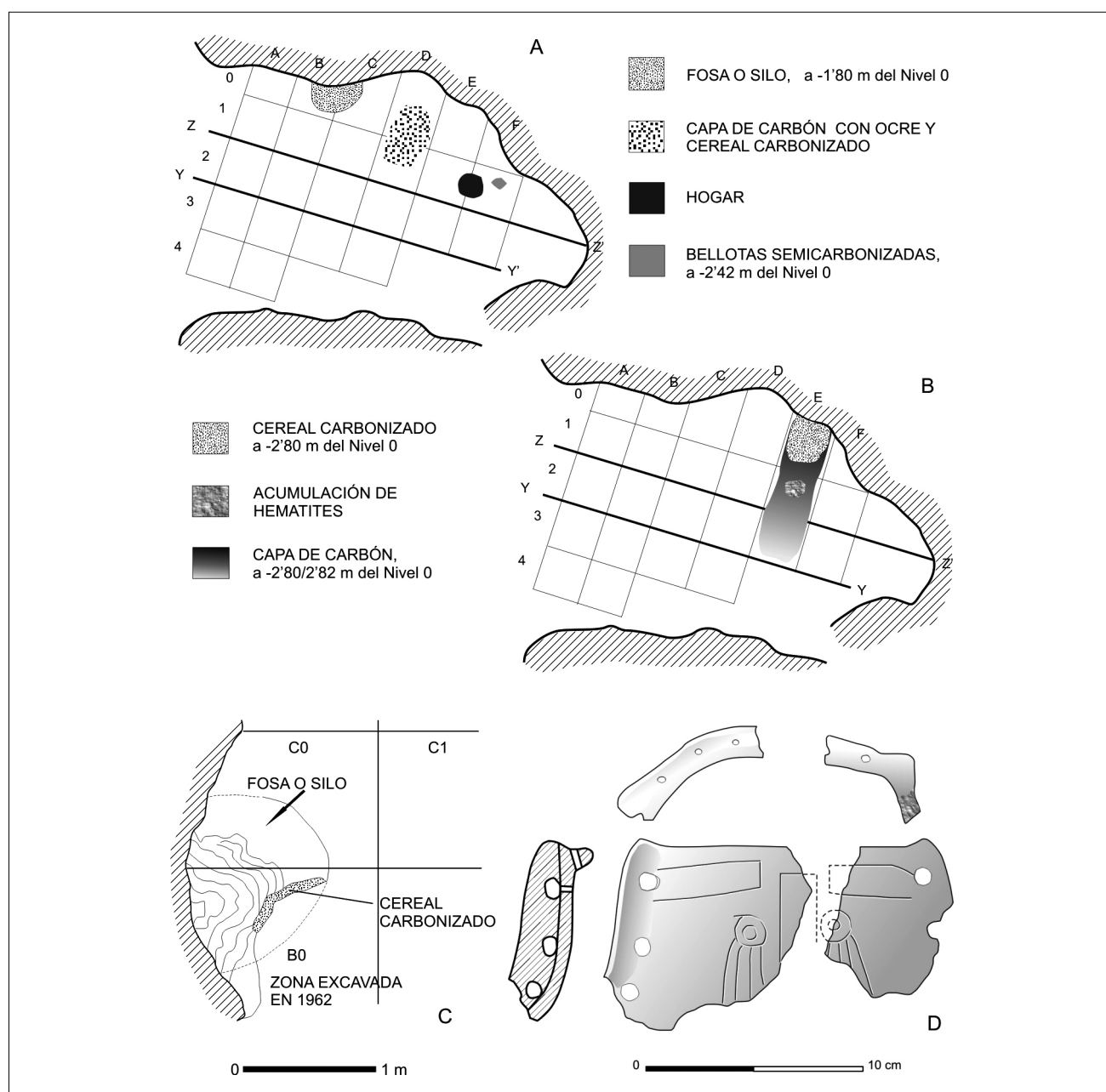
En lo que respecta a dicha estructura, exhumada en parte en 1962, las autoras indican que se trataba de "una especie de bolsa situada en B0-C0, dentro del estrato IV.", de la que pudo delimitarse "parte del contorno de una fosa rellena de tierra marrón, con piedras, bastante suelta... que

corresponde a un posible «silo», en cuyo fondo está el cereal carbonizado" (Vicent y Muñoz 1973: 46; la negrita es nuestra). Comenzaba a 1,80 m del nivel 0 y a -45 cm de profundidad (fig. 6, A y C), y lo conservado alcanzaba unas dimensiones comprendidas entre 0,7 y 0,29 m. Sin embargo, teniendo en cuenta la porción de esta estructura estudiada en la campaña de 1962, podía haber alcanzado 0,80 x 0,60 m. En el apartado de la memoria de excavación correspondiente a las dataciones de C-14 se señala que las muestras carbonizadas de bellotas y de cereal proporcionaron dos fechas semejantes: 4240 y 4200 a. C. (Vicent y Muñoz 1973: 107-108).

Varios son los restos y evidencias que nos interesan del nivel IV, que estaba sellado en C0 por la segunda capa estalagmítica. Nuevamente se indica con claridad que este nivel aparecía "por encima del trigo carbonizado" (Vicent y Muñoz 1973: 46), y que tras su excavación se llegó a "una capa de trigo carbonizado" (Vicent y Muñoz 1973: 46), tratándose

del mismo nivel excavado parcialmente durante la campaña de 1962. Parte del cereal fue destinado a datación, obteniéndose la fecha de 4150 (IAB 18). Esta muestra fue tomada "bajo la segunda capa estalagmítica en C0" (Vicent y Muñoz 1973: 109). Así pues, puede tratarse perfectamente de parte del cereal contenido en la estructura en fosa más arriba comentada, por lo que resulta importante al respecto el hecho de que junto a la pared aparecieran numerosas piedras de arrastre de entre 3-5 cm cuya presencia achacan a una corriente de agua. Esta colada pudo ocasionar el desplazamiento de algunos cereales y que la data que proporcionaron éstos estuviese ligeramente rejuvenecida.

En las cuadrículas D0-D1 se detectó la presencia de "una capa de carbón, ocre" (Vicent y Muñoz 1973: 47) y cereal carbonizado, según la referencia que se hace en el apartado de las dataciones -muestra IAB 8-, que aparecía en la tierra marrón -nivel IV- tras retirar un bloque de mediano tamaño (fig. 6, A). La muestra tomada -IAB 8- proporcionó una cifra de C-14 de 4030 a.C., fecha adjudicada al nivel V en el listado que incluye la memoria de excavación, aunque más adelante se indica que fue tomada "justo encima del estrato V" (Vicent y Muñoz 1973: 107). En consecuencia, este resultado proporciona cronología no al comienzo del este nivel sino a un momento del IV.



▲ FIGURA 6. Cueva Chica de Murciélagos de Zuheros (Córdoba). A) y B) Nivel IV situación de la fosa o silo, restos vegetales, estructuras de combustión y hematites. C: Estructura en fosa con restos de carbón (según Vicent y Muñoz, 1073); D: Cerámica simbólica.

En la cuadrícula F1, a -2,42 m, se localizaron los restos de bellotas semicarbonizadas, y en el centro de las cuadrículas F1-E1 se detecta "una capa fina" con restos de carbón que describe una forma circular, de unos 40 x 50 cm, que las autoras interpretan "como el rastro de alguna materia carbonizada" (Vicent y Muñoz 1973: 47) (fig. 6, A).

A -2,80 m del Nivel 0 se localizaron abundantes restos de cereales carbonizados en la cuadrícula E0, junto a la pared rocosa de la sala. Por su parte, en E0-1-2, a una profundidad de entre -2'80 y -2'82 m, se encontraba una capa de carbón, más abundante en E0 que el en resto de las cuadrículas citadas. Se cogieron restos tanto del cereal como del carbón, los cuales -muestra IAB 13- suministraron una fecha de C-14 de 4075 a.C. Además, se detectó en E2 una "masa arcillosa blanquecina o quizás caliza descompuesta" (Vicent y Muñoz 1973: 47), mientras que en E1 aparecía una acumulación de hematites (fig. 6, B).

Finalmente, el nivel V está formado por piedras sueltas de 3-8 cm. En C0 descende hacia la pared de la sala hasta formar un hueco en el que aparecían restos arqueológicos, entre ellos una vasija de almagra, próxima a la cual se encontró "una masa de trigo carbonizado" (Vicent y Muñoz 1973: 70).

Todos los datos hasta aquí analizados de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros demuestran que el cereal carbonizado se encontraba a distintas cotas de profundidad con respecto al Nivel 0 y en diferentes sectores de la excavación, como detallamos seguidamente:

1) Fosa: Detectada en las cuadrículas B0-C0, en el nivel IV según consta en la publicación de Vicent y Muñoz (1973), comenzaba a partir de -1'80 m con respecto al Nivel 0. En su día esta fosa se abrió junto a la pared norte de la sala, que formaba aquí una pequeña concavidad. Es posible que dicha circunstancia fuera aprovechada para completar su forma. En cuanto a su posición estratigráfica, resulta muy elocuente que las autoras señalen con claridad que el sedimento del nivel IV, de tierra marrón, es igual que el que está encima del trigo carbonizado, encontrándose la fosa rellena con tierra también marrón. Esto sugiere que la estructura pertenece a una interfaz entre los niveles IV y V, practicándose su apertura en este último y no en el IV. Por otra parte, la presencia de cereal carbonizado en el nivel V en la misma posición estratigráfica, en concreto en la cuadrícula C0 -única con restos carpológicos en este nivel-, parece corroborar se trata de una interfaz entre ambos niveles. Además, las dataciones proporcionadas por el cereal de este contexto son muy homogéneas: 4240 y 4200 a.C.

2) Fuera de una posible estructura, en el nivel IV y a distintas profundidades:

- A) En D0-D1, también con carbón y ocre.
- B) En E-0, a -2,80 m, en una capa de carbón.

En cuanto a esta capa de carbón recién mencionada, cuya presencia se constata en las cuadrículas E-0-1-2 y que cuenta con una fecha entre 4030 y 4075 a.C., no parece el reflejo de un redil en el que se hubiesen quemado los excrementos de los animales. De hecho, las dimensiones de la Sala de los Murciélagos -unos 72 m²- parecen pequeñas para tal fin, y esto aun suponiendo que se usara la totalidad de la superficie delimitada por las tres cuadrículas excavadas (fig. 6, B). Por otro lado, nada se menciona en la memoria acerca de esta posibilidad. Consecuentemente, de nuevo podría tratarse de una estructura de combustión, ahora de considerable tamaño, en la que se habría quemado abundante cereal y otros vegetales. Ambos restos, los de grano y los de carbón, comparten significativamente el mismo sector; también casi idéntica profundidad: -2,80 m los cereales y -2,82 m el carbón. En cualquier caso, el espesor de este último es mayor en E0.

De sumo interés es la referencia que hacen Vicent y Muñoz (1973) a la presencia en la zona central de las cuadrículas F1-E1 de una fina capa de carbón de forma circular y de unos 40 x 50 cm. Las autoras no dejan constancia de la profundidad a la que se encontraba dicho nivel, pero un poco antes indican que en F1, a -2,42 m, localizaron bellotas cuya combustión no llegó a completarse. Es posible por tanto que la profundidad de esta capa de carbón no difiera en gran medida de la de las bellotas. Aunque descartan que se trate de una estructura de combustión, el escaso espesor (no indicado) del nivel de carbón y sus dimensiones coinciden totalmente con los hogares detectados posteriormente en el Pasillo de la Cueva Grande, de una única y rápida combustión y con función ritual (Gavilán y Mas 2006). Esto explicaría la escasa potencia de la capa de carbón y, de ser cierta la hipótesis que correlaciona esta estructura con las bellotas, que éstas no se carbonizaran por completo.

En cuanto a la presencia en Murciélagos de Zuheros de material cerámico de singular decoración, cabe resaltar el hallazgo, aunque fuera de contexto estratigráfico, de varios recipientes que muestran la representación de una cara humana (fig. 6, D). En la composición se señalan las cejas y la nariz con trazos incisos horizontales y verticales respectivamente. Los ojos se expresan en cambio con círculos concéntricos o con esteliformes de los que parten trazos verticales en algún caso (Gavilán y Vera 1993; Gavilán y Mas 2006). Por dentro, estos vasos llevaban junto a la boca un cordón horizontal con múltiples perforaciones, elemento que pudo sostener una especie de melena o tocado que reforzaría su simbolismo en calidad de rostro humano o divino.

Por último, resta señalar la presencia de manifestaciones pictóricas en la pared norte de la Sala de los Estratos, a unos 2 m sobre el suelo actual. Se trata de cuatro antropomorfos con los brazos en asas, uno de los cuales muestra las piernas arqueadas. Se elaboraron con pigmento rojo, que en algunas partes aparece diluido por la humedad de la pared rocosa.

Estas representaciones se plasmaron prácticamente encima de la zona donde fue excavada la posible fosa con el cereal carbonizado. Están, por tanto, muy próximos también a la cuadrícula E1, donde se localizó la acumulación de hematites en el nivel IV.

3. OBJECIONES A LA EXPLICACIÓN TRADICIONAL

Ciertamente, los cereales almacenados en estructuras excavadas en el suelo, revestidas de arcilla (Reynolds 1988) o, mejor, de paja según los experimentos realizados por Alcalde y Buxó (1992), pueden conservarse durante largos períodos de tiempo. Su mantenimiento en buen estado depende además, en este caso, de que tales depósitos subterráneos estén herméticamente cerrados. Si esta condición se consigue, los granos, que continúan absorbiendo el oxígeno del interior de la estructura hasta agotarlo y desprendiendo a la vez dióxido de carbono, entran en un estado de letargo, y las bacterias que podrían atacarlos reducen su actividad (Buxó 1997). Debido a este proceso, las semillas que mantienen las condiciones más idóneas para preservarse son las que se encuentran en el centro de la cavidad de almacenamiento. Son éstas las más adecuadas para la siembra al menos durante tres años, porque no pierden su poder germinativo.

Cuando la temperatura no supera los 15° C y cuenta con una humedad relativa del 18%, las condiciones de conservación del grano son perfectas. Si aquellas sobrepasan dichos valores disminuye la capacidad reproductiva del grano; esto favorece además el desarrollo de hongos e insectos. Sin embargo, la pérdida del poder germinativo puede evitarse gracias a la compensación de un índice por otro, de tal manera que los hongos no se desarrollarán con una temperatura superior a los 20° C y una humedad inferior al 10%; de igual modo, unas condiciones en las que la temperatura esté entre 5 y 10° C y la humedad sea superior al 20% impedirán la vida de los insectos (Buxó 1997).

De cualquier modo, aún teniendo en cuenta las más idóneas condiciones y circunstancias de conservación, los cereales, a la postre, acaban descomponiéndose, siendo ésta, precisamente, una de las causas de la escasez de este tipo de restos en los yacimientos arqueológicos. Sólo se preservarán si sufrieron un proceso de mineralización, fueron depositados en medios extremadamente secos o bien quedaron anegados o bajo el hielo. De tal manera que los cereales procedentes de situaciones ajenas a las mencionadas debieron ser sometidos, voluntariamente o no, a la carbonización para que lleguen hasta nosotros, necesitándose una temperatura superior a 200° C y escaso oxígeno para que el proceso se complete.

En otro orden de cosas, es relativamente habitual en la bibliografía al uso encontrar alusiones al tostado y torrefacción de los granos, indicándose que dicha práctica pudo ser

frecuente en la preparación de los cereales vestidos, hecho que facilitaría el desprendimiento de las espiguillas, al tiempo que con ello se transforma el almidón en azúcar, haciendo el grano más digestivo (Buxó 1997). Sin embargo, siguiendo a este mismo autor citado, cabe destacar que durante el Neolítico la agricultura se basaba en mayor medida en los cereales desnudos, siendo irrelevante su tostado o torrefacción.

Pese a la sustancial diferencia que existe entre la torrefacción y la carbonización, ambos términos se utilizan como sinónimos. Valga como ejemplo una cita de P. López, quien indica que las semillas y los frutos se tostaban o torrefactaban "ya que siempre aparecen..., en forma carbonizada" (López 1980: 422).

Entendemos por torrefacción la exposición del grano a una fuente de calor que ocasione su tueste, y por carbonización una combustión del grano, reduciéndolo a carbón, como materia orgánica que es. Las semillas carbonizadas no sólo carecen de poder germinativo (Stewart y Robertson 1971), sino que resultan no aptas para el consumo humano. Que sepamos, no se ha señalado en la literatura científica sobre el tema que exista algún proceso espontáneo mediante el cual los cereales tostados o torrefactados lleguen a carbonizarse por sí solos con el paso del tiempo. Pero es posible que, aun habiéndose buscando un simple tostado, en el caso de los registros aquí reseñados se hubiese llegado a la carbonización completa si el proceso no tuvo especial cuidado con el tiempo de exposición del grano a la fuente de calor. Esta última posibilidad explicaría una carbonización total para el trigo y en cambio una afección parcial en las bellotas, como se constata en el caso ya aludido de semicarbonización o combustión incompleta de Zuheros. El mayor grosor de estos frutos en relación con las semillas de trigo o con los piñones explicaría, pues, este distinto resultado final aun pretendiéndose el mismo efecto. De ser así, en todos los casos estaríamos ante una similar intención con resultados parcialmente distintos, una intención que, a juzgar por lo conseguido con el trigo y con los piñones al menos, no perseguía precisamente la manipulación culinaria de esos productos ni su conservación futura con propósitos alimentarios.

La presencia en los yacimientos arqueológicos de cereal carbonizado se ha atribuido a diversas causas, entre ellas a una que acabamos de adelantar, que se tratara de un mero accidente ocurrido durante el proceso de tostado o torrefacción, carbonizándose algunos granos cuando se superaba el tiempo adecuado de exposición a la fuente de calor. Pero también se ha hablado de "desechos domésticos no aprovechables para el consumo, lo que puede conllevar a lanzarlos a hogares o fuegos para evitar la putrefacción y el origen de enfermedades" (Buxó 1997: 182). Estaríamos en este segundo caso ante una práctica puramente higiénica, cosa que no deja de extrañar cuando se da un simple repaso a la etnografía o se observa la necesidad de alimentos para el ganado que han experimentado siempre las sociedades

campesinas tradicionales. De hecho, cualquier variedad de cabra, cerdo o vaca puede ingerir sin mayor problema granos de cereal que no estén en buenas condiciones para el consumo humano. La misma objeción podría hacer a la explicación que relaciona su quema en hogares con la limpieza de las estructuras de almacenamiento y el hábitat. Porque, en sociedades donde precisamente la abundancia de alimentos no es la norma, desprenderse de un recurso valioso o que puede ser utilizado en algo práctico requiere una interpelación fuera de lo común. Se trata de una práctica cara, y, como tal, sólo puede ser mantenida si la exigencia es también elevada.

Por todos estos motivos, ninguna de las razones esgrimidas hasta ahora para explicar los hechos neolíticos estudiados u otros semejantes nos parecen suficientes o adecuadas. Por una parte, y si lo que se buscaba era una manipulación culinaria, un exceso en el tiempo de tostado no explica por qué en algún caso el producto final se depositó en estructuras excavadas en el subsuelo. Nadie haría tal cosa si se había percatado de que la carbonización total impedía precisamente utilizar el producto final como alimento. La segunda solución tiene otras objeciones además de la ya señalada, porque desprenderse así de cereales que estuviesen invadidos de ácaros, por ejemplo, no tiene tampoco paralelos etnográficos en grupos humanos sometidos, como los prehistóricos, a niveles altos de estrés alimentario. De hecho, hoy abundan las culturas en las que la ingesta de insectos supone una fuente principal, si no única, de proteínas animales (Ramos-Elorduy 1988: 106-107), y ello desde que la evolución nos dotó, desde estadios prehumanos, de una constitución física apta para digerir carne a través precisamente del consumo en tiempos ancestrales de frutas cargadas de larvas de insectos o de estos mismos en estado adulto (Campillo 2004: 67 ss). En cualquier caso, expurgar los granos de cereales (arroz por ejemplo) o las legumbres (lentejas, garbanzos, etc.) de los insectos que pueden atacarlos en nuestras despensas, de piedrecillas o de otros elementos no deseados es aún una costumbre común en sociedades tradicionales y que hemos practicado hasta hace muy poco, una norma recuperada ahora en ambientes urbanos modernos que demandan los denominados "productos ecológicos". Según esta explicación que habla de una práctica higiénica, y que se ha esgrimido en nuestro caso para la Cueva de los Mármoles de Priego, el mismo tratamiento debería haber sido aplicado a los despojos animales. Aunque éstos también pueden generar gérmenes nocivos, son escasos los restos óseos de fauna neolítica que presentan evidencias de fuego directo, y ello a pesar de que los huesos habían sido empleados a veces como combustible en culturas prehistóricas anteriores (Yravedra y otros 2005).

En el caso de los "silos" de Nerja, en cuyo interior se encontraban aceitunas de acebuche, piñones y cereales, cabe preguntarse si son verdaderos almacenamientos de recursos

vegetales como en principio se propuso (Pellicer y Acosta 1997). Ninguno de los dos primeros vegetales requiere un proceso de torrefacción destinado a eliminar elementos no deseados o a prolongar su conservación que, en el caso de los piñones, no suele superar el año, periodo que pueden exceder las aceitunas si se aderezan adecuadamente. Su carbonización y deposición en una estructura no puede explicarse, pues, como medida para un consumo diferido, sobre todo por carecer de valor alimenticio y no ser ya aptos para el consumo humano. Extraña además, en todo caso, la mezcla de vegetales tan diversos en las mismas estructuras de preservación, porque cada uno de ellos requiere unas condiciones distintas para su ingesta aplazada. No parece desde luego lo más adecuado juntar aceitunas y trigo, más que nada por el alto grado de humedad que las primeras deben mantener para ser comidas aun estando ya pasas.

Si la intención fue sanear aquella parte de la cueva para volver a utilizarla, habría sido más lógico quemar los cereales por completo y procurar que quedasen reducidos a ceniza. Sin embargo, todo apunta a que hubo cierto control del proceso para que no desembocara en una combustión completa. Tal acción pudo buscar precisamente su preservación y durabilidad en unas condiciones que impidían su uso como simple comida.

4. UNA HIPÓTESIS ALTERNATIVA

La eliminación de las posibilidades alimenticias de las ofrendas religiosas en principio comestibles es un rasgo bastante extendido en las prácticas culturales antiguas. Mediante el fuego, muchas vísceras y grasas animales se retiraban de la circulación entre los distintos grupos sociales como tal pitanza. Desde que contamos con textos escritos hay constancia de tales conductas entre muchas poblaciones, siendo a veces los ejemplos hebreos algunos de los casos más elocuentes de dichas referencias textuales, simplemente porque esos libros religiosos se nos han conservado mejor:

Degüella el novillo ante Yavé, a la entrada del tabernáculo de la reunión; [...]. Toma todo el sebo que cubre las entrañas, la redcilla del hígado y los dos riñones con el sebo que los envuelve, y lo quemas todo en el altar.

(Éxodo 29, 11-13)

En el caso de tratarse de un holocausto, la etimología de este término indica que se quemaba para la divinidad la víctima completa.

A pesar de que tal liturgia suponía un comportamiento económicamente costoso para el oferente, fuera éste un único individuo o una comunidad mayor, este hecho no ha sido un obstáculo para la expansión de los credos y de las acciones sacrificiales asociadas a ellos. Más bien al contra-

rio: aquellas religiones con exigencias materiales duras para el grupo han tenido más posibilidades evolutivas de salir adelante que las de prácticas de saldo. Igual que son caros de sostener los barrocos y exuberantes plumajes de las aves del paraíso, y sin embargo este rasgo les ha permitido un mayor éxito reproductivo, las conductas culturales onerosas han servido de exhibición, ante la gente ajena al oferente, de una situación boyante que, siendo real o aparente, acarrea a distintos plazos temporales beneficios para quien hacía el esfuerzo económico. En este terreno, la teoría de juegos tiene aún mucho que decir, porque debe haber siempre un equilibrio entre el valor de lo ofrecido –supuesto dispendio afirmarían otras posiciones teóricas– y lo que a cambio se consigue. Algo se ha hecho ya al respecto desde el análisis darwinista (Dennett 2007: 96-101), pero es necesario aún trabajos más pormenorizados que, aplicados en concreto a la Prehistoria, expliquen con más detalle los casos particulares. Con la “retirada del mercado” de determinadas cantidades de productos se conseguía además, como de hecho logran los rituales de tipo *potlatch*, mantener el “precio” de los mismos a niveles “rentables”. Tal explicación se ha usado de hecho al estudiar el rito por el que, durante la Edad del Bronce, en la fachada occidental europea diversos grupos humanos tuvieron la costumbre de arrojar las armas al fondo de ríos y lagos (Bradley 1990: 102-103). Por eso, era éste el resultado de la quema del cereal aun si tal acción se hubiese llevado a cabo sin la búsqueda consciente de esos resultados. De ahí que convenga tener ahora muy en cuenta las distintas estrategias de investigación –*emic* y *etic*– propuestas por la antropología cultural (Harris 1982: 129-130). De hecho, nuestra explicación en este punto concreto obedece claramente a una respuesta de tipo *etic*, aquella que seguramente nunca contestaría el autor de la acción pero que puede ser objeto de estudio para el especialista alejado de ella.

La ofrenda religiosa pudo haber surgido en momentos ancestrales de nuestra evolución como respuesta a un momento de estrés o de inquietud por una situación problemática. Igual que algunos pequeños reptiles abandonan su propia cola cuando son atacados por depredadores, y con ello logran salvar la vida, ciertos estados de ansiedad podrían haber desembocado en acciones parecidas en los humanos (Burkert 1996). Esta norma está constatada por ejemplo en los aymaras, entre quienes las ofrendas sagradas están íntimamente relacionadas con la curación de los males (Fernández Juárez 1995). Nuestros antepasados habrían entregado, pues, a entes imaginarios parte de su propio alimento siempre y cuando se creyera que dichos seres contaban con el poder suficiente como para influir sobre los humanos de forma efectiva tanto positiva como negativamente. Tal creencia ha estado en muchas ocasiones vinculadas a las cosas que se comen y a cómo se comen (Contreras 1993: 43). La referida hipótesis que relaciona ofrenda religiosa y alto nivel de estrés resulta desde luego extremada-

mente difícil de comprobar, porque el registro arqueológico no es evidente al respecto, y sobre todo porque a la investigación del pasado le resulta mucho más difícil indagar en la intención que en los resultados de la conducta, condición tenida muy en cuenta por el análisis evolucionista (Rindos 1990: 3-9 y 88). Aun así, supone al menos un buen camino para empezar porque la ley deducida de su posible veracidad dotaría a la explicación de una buena dosis de cientificidad al dejar cubierto no sólo el caso humano sino el de otros animales. Cumpliría por tanto uno de los requisitos epistémicos más alabados desde la filosofía de la ciencia: la simplicidad o elegancia kuhniana (Ruse 2001: 49).

Fuese éste o no el origen de tal conducta, sabemos de su existencia por doquier. El registro antropológico es pródigo en descripciones al respecto, pero la constatación de mejor calidad procede de los textos religiosos antiguos, que suponen un buen apoyo porque se trataría en realidad de un proceder reconocido en momentos mucho más viejos que todos aquellos que hayan podido suministrarnos los estudios de las poblaciones actuales de cazadores-recolectores o de campesinos tribales. Nuestra propuesta cuenta por tanto con evidencias de que estamos planteando algo descabellado y singular, sino una mera remontada cronológica de esa práctica religiosa en el mediodía hispano hasta momentos neolíticos. Lo que en el fondo formulamos es que el rito de ofrecer alimentos de origen vegetal a los dioses, mil veces constatado en el mundo antiguo, pudo ser consustancial a la vida campesina, sobre todo porque el cultivo de esas plantas confería a la comida lograda de ellas un valor añadido que, en forma de trabajo, de energía y de esfuerzo, no caracterizaba a los vegetales silvestres obtenidos mediante una simple recolección. En consecuencia, las prácticas religiosas consistentes en donar a las divinidades parte de la cosecha habrían surgido en realidad con la conducta neolítica. Y, como el Neolítico de la Península Ibérica es uno de los más tardíos de la cuenca mediterránea, tales pautas religiosas pudieron llegar hasta Occidente con una tradición ya milenaria y con un origen en última instancia oriental, como oriental fue el foco inicial de los principales domesticados agrícolas implicados en esta expansión hacia el oeste de la vida campesina.

Las referencias arqueológicas y literarias a productos del campo ofrecidos en santuarios y otros centros de culto antiguos son muy abundantes. En el caso de la Biblia hebrea, tales alusiones hablan con mucha frecuencia de los cereales como primicias que no han de faltar. Estas semillas se dedicaban a la divinidad procesados como panes, tortas y/o dulces, o simplemente quemados/tostados en el altar. Sirva de ejemplo el caso de *Levítico* 2, 14-16:

Si hicieres a Yavé una oblación de primicias, la harás de espigas tostadas al fuego y hechas una pasta. Así ofrecerás la *minjá* de tus primicias, y derramarás aceite sobre ella, y

pondrás encima incienso. Es *minjá*. De ella quemará el sacerdote la memoria, una parte de la pasta con aceite y todo el incienso. Es combustión de Yavé.

En consecuencia, la confirmación de nuestra hipótesis conllevaría que los ligeros hogares localizados en algunos estratos neolíticos de las cuevas estudiadas podrían ser en realidad verdaderos altares más que simples cocinas o estufas, y que los referidos yacimientos tendrían más posibilidades de ser santuarios subterráneos que simples lugares de habitación. La constatación progresiva de una relativa abundancia de estaciones neolíticas al aire libre por todo el mediodía ibérico confirma que la gente vivió en granjas y pequeñas aldeas mucho más que en cuevas y abrigos rocosos, a pesar de que se haya denominado a veces a este mundo neolítico "Cultura de las Cuevas" (Navarrete 1976). El hecho de que los yacimientos se hayan preservado mejor en el interior de estas cavidades condujo a un mejor conocimiento del Neolítico en esos ambientes telúricos, y de paso provocó la falsa idea de que eran esos sitios los preferidos por los grupos humanos de la época para establecer sus asentamientos, cosa que ya no parece cierta.

También por referencias textuales de la Antigüedad conocemos la práctica culinaria de tostar los cereales antes de consumirlos, en acciones relacionadas en frecuencia con ofrendas sagradas (*Levítico* 2, 14 y 23, 13; *Crónicas* 23, 29; etc.). Pero ya hemos adelantado que las muestras obtenidas en las cuevas del mediodía ibérico no exhiben señales de un ligero tueste sino de una carbonización completa, y que no parece probable que el trigo tostado acabe por convertirse por completo en carbón por un proceso espontáneo ajeno a la mano humana. Desconocemos además si los términos bíblicos alusivos a esta manipulación podrían recibir otra traducción más acorde con la carbonización observada en los contextos arqueológicos neolíticos. En cualquier caso, es evidente que, una vez quemado y enterrado en estructuras subterráneas, que estaban en muchos casos saturadas de humedad como es norma en los ambientes cavernícolas, esos productos no eran los más adecuados para el consumo de boca. En consecuencia, quedaban retirados de la despensa humana, pero tal vez no de la divina.

En el mundo romano, los cereales estuvieron relacionados lógicamente con el culto a Ceres, pero fueron también la ofrenda propicia para Tellus, divinidad que personificaba la tierra. Si este segundo vínculo es de raíz prehistórica y tuvo lazos estrechos con la vida rural desde sus momentos más viejos, que los depósitos de cereales y de otros productos agrícolas aparezcan en cuevas no sería sólo un producto del mero azar ni una consecuencia de una mejor preservación. Podría representar más bien una característica intrínseca a la conducta neolítica, que habría ofrecido a una diosa de la tierra parte de los dones que ella misma previamente había otorgado a los hombres. Esa divinidad, de la que tanta lite-

ratura científica se ha escrito, habría quedado plasmada en tales ambientes sagrados en los vasos con rostro humano constatados en algunos de los sitios antes analizados. Bajo diferentes apelativos y en una multiplicidad de contextos culturales distintos, su culto y su relación con ofrendas de cereales están bien documentados además en contextos sacros prerromanos (Moneo 2003: 386-387). En algunos de esos ambientes religiosos, incluso se ha constatado una de las combinaciones señaladas para el Neolítico en la Cueva de Nerja: cereales y aceitunas (Oliver 1996: 292).

Tampoco debería verse como una simple casualidad que la manera de ofrecer esas primicias a la divinidad fuera mediante la combustión. El uso del fuego como parte integrante de los rituales religiosos se viene observando en distintos contextos cronológicamente cercanos a los que aquí estudiamos, unas veces en ambientes funerarios y otras en calidad de prácticas religiosas de fundación (Rojo y Kunst 2002; Gavilán y Mas 2006); en algún caso, asociado además a la presencia de materia colorante en importantes cantidades (Gavilán y Vera 2005). A través de la correspondiente columna de humo y de aire caliente, el fuego garantizaba que la ofrenda quemada alcanzaría la bóveda celeste, lugar donde los dioses neolíticos y calcolíticos del mediodía ibérico tenían uno de sus lugares de residencia, porque ya entonces esos seres sagrados se habían identificado con determinados astros (Escacena y otros 2009). Fue tan importante el fuego en tales ambientes sagrados que, si bien en un momento al parecer posterior al que ahora tratamos, formó parte sustancial del mito oriental del dios que muere y resucita (Ribichini 1985: 48; Xella 2001: 76-77; 2004: 40). El paso por esos hipotéticos altares u hogares sagrados de otros frutos, representados aquí por las bellotas, los piñones y las aceitunas de acebuche, resulta por lo demás del máximo interés. No es nuestro objetivo en este trabajo abordar este aspecto, pero queremos concluir con una propuesta que nos parece sugerente para futuras investigaciones.

Ya hemos señalado la escasa probabilidad de que estemos ante despensas subterráneas donde todos ellos o al menos algunos se mezclaban, lo que parece un serio escollo para la tesis más aceptada hasta ahora, la que proponía que estamos ante un simple almacenamiento de comida. Pero lo que ahora conviene recalcar es que esos productos vegetales, que nuestra cultura urbana actual tendría hoy por especies silvestres, recibieron por parte de las comunidades neolíticas analizadas el mismo tratamiento que los cereales. Pasaron más o menos tiempo por el hogar hasta su completa carbonización en algún caso. Cabe pensar así que, a igual tratamiento, igual consideración, es decir, que la gente neolítica no los tenía quizá por vegetales tan salvajes como hoy podemos considerarlos. Desde esta conclusión, la encina, el acebuche y el pino piñonero, unos de los más genuinos representantes arbóreos de las formaciones boscosas de tipo mediterráneo, habrían representado vegetales con los que

las poblaciones neolíticas pudieron establecer unos lazos casi tan fuertes como los que mantenían con los cereales. Se trataría de tres especies que tal vez estuvieron, respecto a los humanos, en esa móvil frontera que separa lo salvaje de lo doméstico en el campo de la alimentación (Montanari 1995: 55). Dicho estadio de relación mutualista ha sido denominado por D. Rindos "domesticación incidental" en su primer nivel y "domesticación especializada" en una fase de mayor dependencia mutua. En este segundo caso un solo peldaño lleva ya a "domesticación agrícola" propiamente dicha (Rindos 1990: 162-175). Con razón los biólogos han defendido que las dehesas hispanas, tan "naturales" para la mentalidad ecologista de la sociedad urbana actual, no son formaciones vegetales tan libres de la acción antrópica como se suele creer, sino sistemas originados por el impacto del hombre y de sus ganados sobre un bosque inicial mucho más cerrado (Puerto 1997). Esta estrecha relación, que podemos intuir ya en este estadio desde hace seis o siete milenios, se mantuvo al menos hasta época protohistórica, porque algunos molinos de vaivén extremeños han revelado su empleo en la molturación de bellota (López García y otros 2005: 400). Todavía en tiempos romanos se obtenía así una harina para consumo humano a decir de Estrabón (III, 3, 7) y de Plinio (*Nat. Hist.* 16, 15).

Finalmente, los antropoformos pintados junto a estos hipotéticos lugares de culto, que se encuentran como hemos avanzado en las inmediaciones de los hogares y de las supuestas ofrendas, podrían ser en nuestra hipótesis la representación misma de los oferentes. Que esa práctica de dejar constancia formal de quien costeaba y hacía el sacrificio tuvo especial arraigo en la prehistoria es de sobra conocido, y el mundo del Mediterráneo oriental, más elocuente en este sentido, dio buena cuenta de ello. De todas formas, en el ámbito hispano tales representaciones plásticas no son evidentes hasta el primer milenio a.C., cuando empiezan a abundar en la plástica de los iberos (Nicolini 1977). Estas representaciones neolíticas podrían constituir, por tanto, los precedentes hispanos más viejos de la costumbre, una práctica que tenía por objetivo dejar constancia ante la divinidad de quiénes habían solicitado su favor, en el caso de que lo ofrecido fueran regalos propiciatorios, o de los autores del agradecimiento si se trababa empero de primicias votivas. En múltiples culturas prehistóricas y antiguas, recalcar esta presencia del devoto con grabados, pinturas, relieves, esculturas de bulto redondo o inscripciones ha sido una verdadera constante.

La hipótesis desarrollada en este trabajo es una simple alternativa a la tradicionalmente aceptada. Según esta otra,

los depósitos de vegetales localizados en los yacimientos prehistóricos, y en nuestro caso concreto en las cuevas neolíticas, obedecerían a simples acopios de comida. Este supuesto se ha aplicado a los hallazgos de cereales, pero también de forma específica a los de bellota. De hecho, esta interpretación es la más recogida en la bibliografía específica sobre el tema (cf. García Gómez y Pereira 2002: 50). Tal explicación no puede excluirse a priori, pero cuenta con diversos problemas para validarla según hemos señalado. Si fueran en cambio ofrendas religiosas, quedarían explicados más detalles del registro, entre ellos el de uno de los rasgos que más caracteriza a estos hallazgos y que tanta reflexión ha originado, su carbonización. Dicho gesto va dirigido precisamente a cumplir con el requisito básico de toda ofrenda: retirar el producto dedicado a la divinidad de lo cotidiano mediante un signo adecuado a tal fin. Por él, la ofrenda abandona el plano de lo vulgar y prosaico para acceder a terreno de lo sagrado (Segarra 1997: 276).

La nueva propuesta es además una llamada de atención teórica y metodológica para la futura intervención en yacimientos del tipo de los señalados, que pasan a convertirse de simples lugares de habitación, terreno en el que normalmente se les ha colocado, a verdaderos santuarios subterráneos. Desde esta perspectiva podrían interpretarse con un distinto enfoque los depósitos arqueológicos que contienen y los detalles de éstos, incluidos los hogares y los restos vegetales y faunísticos, así como las manifestaciones artísticas postpaleolíticas que en ocasiones albergan. Más que una confirmación de nuestra lectura de los datos, el presente artículo sólo ha pretendido abrir nuevos caminos para la investigación de tan singulares enclaves. En cualquier caso, tal explicación puede darse por más trabajada que su rival. De hecho, ha ocurrido con este tema como con otros muchos que incumben a las sociedades prehistóricas, que la primera conjetura reflejada en la literatura especializada ha llegado a convertirse en axioma sin que necesariamente lo sea, impidiendo incluso, precisamente por su carácter axiomático, que se trabaje a su favor con argumentos fuertes. De alguna forma, aquella primera hipótesis, que veía en los depósitos de cereales exclusivamente el testimonio arqueológico de las despensas neolíticas, constituyó una muestra clara de presentismo y de una visión etnocéntrica focalizada en la conducta que hoy Occidente mantiene con esos productos agrícolas, por lo normal unos lazos meramente económicos. Por eso se lanzó al plano de la investigación como algo evidente y autojustificado, y, como todo lo que suponemos evidente, cerró la puerta durante muchos años a opciones interpretativas distintas. ●

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE, D.; BUXÓ, R., 1992: "Experimentació d'emmagatzematge i explotació de *Triticum dicoccum* Sch. a la Vall del Llierca (La Garrota)", *Cypsel* 9, 87-94.
- ASQUERINO, M. D., 1986: "Estructura de acondicionamiento en la «Cueva de los Mármoles» (Priego de Córdoba)", *Arqueología Espacial* 8 (2), 103-114.
- BRADLEY, R., 1990: *The passage of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BURKERT, W., 1996: *Creation of the sacred*. Harvard University Press, +.
- BUXÓ, R., 1997: *Arqueología de las plantas. La explotación económica de las semillas y los frutos en el marco mediterráneo de la Península Ibérica*. Crítica, Barcelona.
- CAMBA, J., 1995: *La casa de Lúculo o el arte de comer (Nueva fisiología del gusto)*. R & B Ediciones, San Sebastián.
- CAMPILLO, J. E., 2004: *El mono obeso. La evolución humana y las enfermedades de la opulencia: diabetes, hipertensión, arteriosclerosis*. Crítica, Barcelona.
- CARMONA, R.; MORENO, A.; VERA, J.C.; OSUNA, D.; GAVILÁN, B.; MOLINA, A., 1999: "La Cueva de los Mármoles (Priego de Córdoba): Análisis de resultados de una prospección arqueológica superficial", *Antiquitas* 10, 5-24.
- CONTERAS, J., 1993: *Antropología de la alimentación*. Eudema, Madrid.
- DE LA QUADRA, A. M.; VICENT, A. M., 1964: "Informe de las excavaciones en la cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba). Primera campaña, noviembre de 1962", *Noticiario Arqueológico Hispánico* IV, 68-72. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- DENNETT, D. C., 2007: *Romper el hechizo. La religión como fenómeno natural*. Katz, Buenos Aires.
- DURKHEIM, E. (1992): *Las formas elementales de la vida religiosa*. Alianza, Madrid.
- ESCACENA, J. L.; RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M.; LADRÓN DE GUEVARA, I., 1996: *Guadalquivir salobre. Elaboración prehistórica de sal marina en las antiguas bocas del río*. Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Sevilla.
- FERNÁNDEZ JUÁREZ, G., 1995: "Ofrendas, ritual y terapia: las mesas aymaras", *Revista Española de Antropología Americana* 25, 153-180.
- GARCÍA GÓMEZ, E.; PEREIRA, J., 2002: "Un recorrido histórico por los métodos de almacenamiento y conservación de las bellotas", *Montes* 69, 48-56.
- GAVILÁN, B., 1997: «Reflexiones sobre el Neolítico Andaluz», *Spal* 6, 23-33.
- GAVILÁN, B.; MAS, M., 2006: "La Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba): Hábitat y santuario durante el Neolítico Antiguo. Hogares, *Papaver somniferum* y simbolismo", *Spal* 15, 21-37.
- GAVILÁN, B.; VERA, J. C., 1993: "Cerámicas con decoración simbólica y cordón interior perforado procedentes de varias cuevas situadas en la Subbética Cordobesa", *Spal* 2, 81-108.
- GAVILÁN, B.; VERA, J.C., 2005: "Neolítico y megalitismo prefunerario en Andalucía" III *Congreso del Neolítico en la Península Ibérica* (Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria 1), 535-541. Gobierno de Cantabria, Universidad de Cantabria y Santander Central Hispano. Santander.
- GAVILÁN, B.; ESCACENA, J. L.; RODRÍGUEZ, Y. (e.p.): "La ocupación neolítica de la Baja Andalucía entre el Guadiana y el Guadalquivir", IV *Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*. Aracena, 2008.
- HARRIS, M., 1982: *Introducción a la antropología general*. Alianza, Madrid, 2ª ed.
- HOPF, M.; PELLICER, M., 1970: "Neolithische Getreidefunde in der Höhle von Nerja (Málaga)", *Madrider Mitteilungen* 11, 18-34.
- JORDÁ CERDÁ, F., 1985: *Los 25.000 años de la Cueva de Nerja*. Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca, Salamanca.
- LÓPEZ, P., 1980: "El Neolítico Andaluz", en P. López (coord.), *El Neolítico en España*, 195-219. Cátedra, Madrid.
- MONEO, T., 2003: *Religio iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.) Bibliotheca Archaeologica Hispana* 20). Real Academia de la Historia, Madrid.
- MONTANARI, M., 1995: *La faim et l'abondance. Histoire de l'alimentation en Europe*. Senil, Paris.
- NÁCAR, E.; COLUNGA, A., 1991: *Sagrada Biblia*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- NAVARRETE, M. S., 1976: *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía oriental*. Universidad de Granada, Granada.
- NICOLINI, G., 1977: *Bronces ibéricos*. Gustavo Gili, Barcelona.
- OLIVER, A., 1996: "Fauna y vegetación en los ritos culturales ibéricos", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense* 17, 281-308.
- PELLICER, M., 1963: *Estratigrafía prehistórica de la Cueva de Nerja. Primera campaña, 1959* (Excavaciones Arqueológicas en España 16). Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- PELLICER, M., 1990: "Informe sobre las excavaciones arqueológicas en la Cueva de Nerja (Málaga), Cámara de la Torca (1987)", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987. II, Actividades Sistemáticas*, 271-275. Junta de Andalucía, Sevilla.
- PELLICER, M.; ACOSTA, P. (coord.), 1997: *El Neolítico y Calcolítico de la Cueva de Nerja en el Contexto Andaluz* (Trabajos sobre la Cueva de Nerja 6). Nerja, Patronato de la Cueva de Nerja.
- RAMOS-ELORDUY, J., 1998: "Los insectos como fuente de proteínas", en G.A. Harrison y otros, *Carencia alimentaria. Una perspectiva antropológica*, 100-107. Serbal/UNESCO, Barcelona.
- REYNOLDS, P.J., 1988: *Arqueología Experimental: una perspectiva de futuro*. Eumo, Vic.
- RIBICHINI, S., 1985: *Poenus Advena. Gli dei fenici e l'interpretazione classica*. Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- RINDOS, D., 1990: *Los orígenes de la agricultura. Una perspectiva evolucionista*. Bellaterra, Barcelona.
- ROJO, M.; KUNST, M. (ed.), 2002: *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico (Studia Archaeologica* 91). Universidad de Valladolid, Valladolid.
- RUSE, M., 2001: *El misterio de los misterios ¿Es la evolución una construcción social?* Tusquets, Barcelona.
- SANCHIDRIÁN, J. L., 1994: *Arte rupestre de la Cueva de Nerja* (Trabajos sobre la Cueva de Nerja 4). Patronato de la Cueva de Nerja, Málaga.
- SEGARRA, D., 1997: "La alteridad ritualizada en la ofrenda", *Habis* 28, 275-298.
- STEWART, R. B.; ROBERTSON, W., 1971: «Moisture and seed carbonization». *Economic Botanic* 25 (4), 381.
- VICENT, A. M.; MUÑOZ, A. M., 1973: *Segunda campaña de excavaciones en la Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba)*, 1969 (Excavaciones Arqueológicas en España 77). Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- XELLA, P., 2001: "Le soi-disant «Dieu qui meurt» en domaine phénico-punique", *Traseuphratène* 22, 63-77.
- XELLA, P., 2004: "Una cuestión de vida o muerte: Baal de Ugarit y los dioses fenicios", en A. González Blanco y otros (ed.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material* (Estudios Orientales 5-6), 33-45. Universidad de Murcia, Murcia.